

DON FELIPE.  
Dulcemente lisonjea.  
CHILINDRON.  
O es ángel ó mujer fea  
En quien tanta gracia cabe.  
TUCAPEL.  
¿Qué dios es este?  
REBOLLEDO.  
Cruel  
Dulzura amor solícita.  
COQUIN.  
¿Quién este monte no habita,  
Si hay tales aves en él?  
MARQUÉS.  
Sabroso canto.  
DON FELIPE.  
Llamalle  
Puedes encanto sin duda,  
Que al mudo silencio ayuda  
Con que llega el indio al valle,  
Y de velle nos divierte.  
TUCAPEL.  
Mas no te suspenda agora  
Esa voz que encantadora  
La gente enemiga advierte,  
Por bajar disimulada  
Al valle que casi pisa.  
CAUPOLICAN.  
Ya su caja nos avisa.  
MARQUÉS.  
La batalla está aplazada.  
INDIA. (Canta.)  
Caupolican, ¡ayan fuerte,  
Que ya en su imaginación,  
Despreciando al enemigo,  
Sin acometer venció...  
MARQUÉS.  
Con bien venga.  
DON FELIPE.  
Bien venido  
Sea.  
REBOLLEDO.  
Dé el cielo la gloria  
A los suyos.  
RENGO.  
La victoria  
A las manos te ha venido.  
CAUPOLICAN.  
¿Cielo, sol, mira el estrago  
Que te doy por sacrificio!  
TUCAPEL.  
Asiste esta vez propicio.  
MARQUÉS.  
¿Cierra, España!  
TODOS.  
¿Santiago!  
Vanse á embestir los dos ejércitos, que  
han bajado ya del monte, y cáese una  
peña dividida en tres partes, descu-  
briéndose en ella un viejo indio, má-  
gico, recostado sobre las faldas de  
UNA INDIA, que es la que cantaba, y  
ella vuelve á cantar, y suspendense  
todos.  
INDIA. (Canta.)  
Salió con el alba al campo,  
Y como al campo salió,  
Con el aljófar bordaba  
Su grabado morrion.  
LEOCOTAN, mágico.  
Indómitos araucanos,  
Cuyos ciegos barbarismos  
Irritaron á los cielos,

Contrapuestos á los signos,  
Yo soy Leocotan, yo soy  
Quien tal maestro he tenido  
Para las ciencias, que en todas  
Fui, aunque humano, tan divino,  
Que en pedazos de los cielos,  
Como en hojas de los libros,  
Vi traspuesto lo pasado,  
Y lo venidero escrito.  
En las grutas destos montes  
Oráculo vuestro he sido,  
Muchas veces con las voces  
Señalando los peligros;  
Y en todas ellas, en todas  
Siempre, acordáos, siempre he dicho  
Que vuestro indomable Arauco  
Vería el tiempo perdido  
El día que viese yo  
Con llanto en los ojos míos  
Estas cruzadas banderas,  
Estos pendones invictos,  
Que son lisonjas del viento,  
Siendo arrogancias del siglo;  
A quien siguen animosos,  
Y levantan presumidos,  
Saltando por estos valles,  
Trepando por estos riscos,  
Estas centellas de España,  
Esta nación que de Cristo  
(Que le da incansable aliento)  
Toma famoso apellido.  
Acordáos también que en sombras,  
De la suerte que los miro,  
Y los veis agora, entonces  
Fuéron de vosotros vistos  
En los huecos de las peñas,  
En las aguas de los rios,  
De los aires en las alas,  
De las nubes en los nichos;  
Porque quisiera teneros,  
Ya que no de inadvertidos,  
Prudentes para los tratos,  
Para los daños previstos,  
No fué posible; y agora,  
Que del hélico ejercicio  
Oyendo alterado el son  
En los campos enemigos,  
De vuestra fatal desdicha  
Miré el término preciso;  
A vuestro postrer remedio  
Aplicando mi desinio,  
Para obligar el silencio,  
Templando por los oídos  
Los rigores de los pechos  
Con magicos artificios,  
(Vuela la india, y prosigue.)  
A este fantástico cuerpo  
Di voz, que ya fugitivo,  
Por los aires desaparece  
Entre las sombras los giros.  
¿Qué intentais? Este mancebo,  
De estos cristianos caudillo,  
Que entre valores humanos  
Brotó respetos divinos,  
En vuestro infelice Arauco,  
Con divinizado brio,  
¿Qué esperanzas no ha logrado?  
¿Qué batallas no ha vencido?  
Dando prodigioso espanto,  
Más de cuarenta mil indios  
Con cuatro mil españoles  
Venció, dispuesto al peligro  
El primero entonces, cuando  
Al Nibequeten le dijo  
Lo que al Rubicon el César,  
Hecho en todo el César mismo.  
Nueve victorias famosas  
Ha alcanzado, y nueve han sido  
Las ciudades que ha fundado  
En los más seguros sitios  
Desta provincia: á la una

Honró con el nombre antiguo  
Del estado de su padre,  
Dignamente merecido.  
Cañete de la Frontera  
La llamó, inmortal la hizo;  
A la otra llamó Osorno,  
Porque el estado tan digno  
De su maternal abuelo  
Memoria diese á los siglos.  
Y ya, ya de su valor  
A su dicha reducido,  
¿Qué muro hay fuerte? ¿Qué tierra  
Parece firme? ¿Qué risco  
No se estremece? ¿Qué campo  
No está talado? ¿Qué rio,  
Entre la sangre y el oro,  
Aunque corriente teñido,  
No paga tributo al mar,  
Más caudaloso que rico?  
Demas desto... oídme agora,  
Dando una alma á cada oído...  
—Este milagroso jóven,  
Sol de España, heróico hijo  
Del gran Marqués, digna hechura  
Del siempre sabio Filipo,  
Pues del Perú gobernando  
Los dilatados distritos,  
Pone su insigne diadema  
Sobre el globo cristalino,  
Será el primero en su casa,  
Supuesto que en ella ha sido  
Segundo en su nacimiento;  
Pero en tan felice signo,  
Que antes de heredar su estado  
Por sus heróicos estilos,  
Apoyados solamente  
De sus pensamientos mismos,  
Produciendo primaveras  
Sus florecientes principios,  
Siempre con dichosos fines  
Ejercerá el regio oficio  
Que tiene su padre agora;  
Y en el inmenso distrito  
Destas provincias famosas  
Será, esparciendo prodigios,  
En la guerra y en la paz,  
Ya riguroso, ya pio,  
Como Anibal en Cartago  
Y como en Roma Pompilio.  
Mientras entre tanto España  
Le estará criando un hijo,  
En su primera mujer  
Engendrado, y conocido  
Por el nombre de don Juan,  
Que honrará los apellidos  
De Hurtado y de Mendoza,  
De un mayorazgo tan rico  
Herederó; y aunque viendo  
Las hazañas, los servicios  
De su abuelo y de su padre,  
Después de haber competido  
En él generosamente,  
Dando agrados á ejercicios,  
Con lo grave de su estado  
Lo prudente de su estilo  
Podrá quejarse del tiempo  
Con causa, pues enemigo  
De la razon, pocas veces  
Sus mudanzas, sus delirios,  
Dan méritos á las dichas,  
Ni á las verdades camino.  
Destos hijos tan constantes  
Serán los ejemplos vivos,  
Los descendientes tan claros,  
Y tan eternos los siglos,  
Que el explicallo sería,  
Procediendo en infinito,  
Apurar eternidades  
Y eternizar laberintos.  
Segun esto, si los hados,  
En su favor prevenidos,  
Para alcanzar tantas glorias

Le abrieron tantos caminos,  
¿No mirais que el oponerse  
A su dicha y á su brio  
Sería querer parar  
De los influjos divinos  
Las poderosas corrientes,  
Poner nuevos epiciclos  
A las benignas estrellas,  
Y descompuestos los quicios  
Del general firmamento,  
Todos los orbes divisos,  
Volver á su caos primero  
Este esférico edificio?  
¿Qué esperais? Pues ¿no advertís,  
No mirais que como ha sido  
Arrogancia el atreveros,  
Será prudencia el rendiros?  
Llegad, ponéos á sus pies;  
Que yo mirando á los míos,  
Correr la sangre que lloro,  
Temblar la tierra que piso,  
Arder el aire que aliento,  
Huir la estrella que sigo;  
Viendo el plazo amenazado,  
Viendo el término preciso  
De la muerte, doy la vida  
A mi centro, que es su abismo.  
(Húndese y cíbrese el monte; fíngese  
una tempestad.)  
MARQUÉS.  
Toca al arma.  
CAUPOLICAN.  
Al arma toca.  
MARQUÉS.  
¿Qué portento!  
CAUPOLICAN.  
¿Qué prodigio!  
MARQUÉS.  
El sol se obscurece.  
CAUPOLICAN.  
Fieros  
Rayos en el aire miro.  
DON FELIPE.  
Niebla espesa cubre el campo.  
TUCAPEL.  
Del monte salen tronidos  
Espantosos.  
REBOLLEDO.  
Bocas abren  
Estas montañas.  
TUCAPEL.  
Los quicios  
Del globo se desencajan.  
COQUIN.  
¿Qué retumbantes sonidos!  
CHILINDRON.  
¿Qué confusas jerigonzas!  
COQUIN.  
Loco estoy.  
CHILINDRON.  
Yo estoy perdido.  
CAUPOLICAN.  
No dicierno cuáles son  
Mis enemigos.  
(Hacen una batalla, encuéntranse los  
graciosos.)  
MARQUÉS.  
Heridos  
Dejo mis propios soldados.  
CHILINDRON.  
Las narices me han rompido.  
COQUIN.  
Derribado me han los dientes.

MARQUÉS.  
Bien hago.  
CAUPOLICAN.  
Bien determino.  
MARQUÉS.  
A recoger toca.  
CAUPOLICAN.  
Toca  
A recoger.  
(Vanse recogiendo.)  
COQUIN.  
¿Quién me hizo  
La nariz?  
CHILINDRON.  
¿Quién me ha deshecho  
La quijada?  
COQUIN.  
Este es Chilindro.  
¿Oh Chilindron! Vengárame.  
Chilindron, ¿oyes? Bien finjo.  
CHILINDRON.  
¿Quién es?  
COQUIN.  
Don García. Vén,  
Vén conmigo.  
CHILINDRON.  
Voy contigo.  
COQUIN.  
Yo le pondré como nuevo.  
CHILINDRON.  
Temblando los aires piso.—  
¿Eres tú? (Agárrale.)  
COQUIN.  
¿Pues no?  
CHILINDRON.  
¿Ay de mí!  
COQUIN.  
Agarréle.  
CHILINDRON.  
¿Bien, por Cristo!  
COQUIN.  
¿Ay cómo pesa el bellaco!  
(Llévale á cuestras.)  
CHILINDRON.  
¿Que me estrujas el ombligo!  
(Vanse.)  
Sale REINOSO, máese de campo, mar-  
chando con la gente que pudiere.  
Haced alto; que allí entre aquellas peñas  
Su albergue toco (que esta gente llama  
Tambo), segun la espía dió las señas,  
Tiene Caupolican, y se derrama,  
Si no me engaña, amigos, ya el gemido  
De sus mujeres, que su auxilio aclama;  
Que este tesoro tiene aquí escondido,  
Y hoy las viene á pasar al mismo fuerte,  
Del riesgo en que las vemos, advertido.  
Viene sin prevencion, porque divierte  
Con Tucapel la gente, defendiendo  
La fortaleza más que no su muerte.  
El dársela ó prenderle (que pretendo  
Con más cuidado) fácil imagino.  
SOLDADO 1.º  
Las voces crecen; que ha venido entien-  
[do].  
REINOSO.  
Al arma pues, soldados; al camino.  
Al embestir, sale CAUPOLICAN y  
RENGO.  
CAUPOLICAN.  
Perdidos somos. Salid  
A la defensa, soldados.

REINOSO.  
Españoles esforzados,  
Esta hazaña conseguíd.  
RENGO.  
Seré rayo vengativo,  
Furia seré resistida.  
(Retira Rengo á una parte los españo-  
les, y queda Caupolican con la otra.)  
REINOSO.  
Las armas rinde ó la vida.  
RENGO.  
Huid, cobardes.  
( Mete retirando Rengo á los españoles.)  
CAUPOLICAN.  
¿Cautivo  
Caupolican! Ofendido  
Habeis mi pecho esforzado,  
No en haberlo deseado,  
Sino en haberlo creído.  
REINOSO.  
¿Querrás la muerte escoger?  
CAUPOLICAN.  
Hijos soberbios de España,  
Todos me dais corta hazaña;  
Pocos tengo que vencer.  
REINOSO.  
Pelea pues.  
(Pelean y cae Caupolican, y prénde-  
dele.)  
CAUPOLICAN.  
¿Cielo airado!  
Cal. Poco fuera Marte  
Sin caer.  
REINOSO.  
Pues levántate  
Puedes libre, si esforzado  
Aun en tu defensa estás.  
Vuelve á cobrar el acero,  
Ea, general; que quiero  
Vencerte solo, que es más.—  
Retiráos todos.  
CAUPOLICAN.  
Vencer  
Puedes con tu cortesía.  
De ese Dios que alumbró el día  
Es infinito el poder.  
Tu esclavo soy.  
REINOSO.  
Tu osadía  
No en mí solo el triunfo emplea;  
Que esto puede quien pelea  
En nombre de don García.  
(De don Diego de Villegas.)  
Sale UN SOLDADO con GUACOLDA  
presa.  
GUACOLDA.  
¿Cómo el llanto no me anega?  
SOLDADO.  
Feliz jornada has tenido.  
CAUPOLICAN.  
¿Qué miro, cielos!  
REINOSO.  
¿Qué ha habido?  
SOLDADO.  
Al máese de campo llega.—  
De algunas indias que huyendo  
Van tu rigor, la hermosura  
Desta tu dicha asegura.

GUACOLDA.  
En vano vivir pretendo.  
GUALEVA. (Dentro.)  
¡Caupolican!  
CAUPOLICAN.  
¡Pena fiera!  
RENGO. (Dentro.)  
¡Guacolda!  
GUACOLDA.  
¡Infelice hado!  
RENGO. (Dentro.)  
¿Dónde tu luz se ha eclipsado?  
SOLDADO 1.º (Dentro.)  
Prenelde.  
SOLDADO 2.º (Dentro.)  
Seguilde.  
TODOS. (Dentro.)  
¡Muera!  
CAUPOLICAN.  
¡Qué pena!  
GUACOLDA.  
¡Qué confusión!  
REINOSO.  
¿Quién es la que por las peñas  
Ligera sube?  
CAUPOLICAN.  
Sus señas  
Suspenden mi admiración.  
GUACOLDA.  
Tu esposa es.  
CAUPOLICAN.  
¡Triste suerte!  
A mi hijo trae en los brazos  
Gualeva, hecha pedazos.  
GUALEVA. (Dentro.)  
Vengo á infamarte.  
CAUPOLICAN.  
Oye, advierte...  
A lo alto del monte sale GUALEVA,  
con un niño en los brazos.  
GUALEVA.  
No movida á piedad, bárbaro amante,  
Pruebas doy al rigor del sufrimiento;  
Solo contra tu engaño, que arrogante  
Soberbias blasonó que llevó el viento,  
Pecho de tigre, entrañas de diamante,  
Tiránico feroz, cruel, violento,  
Que entre la furia que mi honor provoca,  
Presas del alma arrojo por la boca.  
¡Preso Caupolican! Preso y rendido,  
Del araucano imperio el indomable  
Esfuerzo, que á los cielos atrevido,  
Pudo del que á su máquina admirable  
Montes sufrió de luces oprimido,  
Competir el valor, y ya al mudable  
Golpe de la fortuna menos fuerte  
Tembló la ejecución, huyó la muerte!  
¡Qué escalador de nubes precipitas  
Vuelos que sustentaron leves plumas?  
Qué hidrópico de fama ardor imitas,  
Por más que en tu valor deidad presu-  
mas,  
Si niegas cuando asombros acreditas  
Tu nombre al mar, tu sangre á las es-  
pumas,  
Que en urnas de cristal al sol que infa-  
mas  
Coronen pompas de lucientes llamas?  
Huyendo con mi hijo, que piadosa  
A su vida, rendir pude, olvidada,  
Esfuerzos á su amor, oigo dudosa  
Nuevas de tu prisión: vuelvo turbada  
A correr; mas cayendo recelosa

En mi propia desdicha apresurada,  
Cuanto de ti corriendo más huía,  
Tanto volando á deshacer volvía.  
Este pues de los dos nudo amoroso,  
Indisoluble, desatar pretendo,  
Y de mi furia al golpe poderoso  
Rotas union, me admirarás venciendo.  
Con su muerte tu hijo, prodigioso  
Ejemplo te será... Mas ¡qué te ofendo,  
Si cuando á castigarte más me obligo,  
Siento yo la mitad de tu castigo?  
Pero muera mi amor, pues agraviada,  
En odio trueco mi afición primera.  
No soy mujer; que de valor armada,  
Furias provooco, y á tu imagen fiera,  
Que un tiempo fué de mi tan adorada,  
¡Ah cielos! aborrezco de manera,  
Que quisiera poder, para ofenderte,  
Quererte más por más aborrecerte.  
Contra tu afrenta, guerras y rigores  
Hallarán mis venganzas, en mis celos,  
En Cítia hielos y en la Libia ardores,  
Tempestad en la mar, ira en los cielos,  
Pena en mis glorias, muerte en mis fa-  
lores.  
Llanto en mis dichas, en mi amor des-  
velos,  
Fuerza en mis manos, rabia en mis eno-  
jos,  
Fuego en mi pecho y rayos en mis ojos.  
REINOSO.  
¡Qué furia!  
GUACOLDA.  
¡Qué valor!  
CAUPOLICAN.  
Aguarda, espera,  
Gualeva hermosa, mira...  
GUALEVA.  
No me nombres.  
CAUPOLICAN.  
Culpa, no mi valor, mi suerte fiera,  
Y de verme vencido no te asombres;  
Que á esta nación sin duda verdadera  
Deidad me inclina: dioses son, no hom-  
bres.  
RENGO. (Dentro.)  
¡Ah Guacolda!  
CAUPOLICAN.  
¡Ay cielo!  
GUALEVA.  
Calla, cobarde.  
GUACOLDA.  
Nuevo mal recelo.  
Arriba en la otra parte del monte  
RENGO, que se quiere despeñar.  
RENGO.  
¿Dónde estás?  
GUACOLDA.  
¡Ay de mí! mi amante veo.  
REINOSO.  
¡Nuevo prodigio!  
GUALEVA.  
Suspende deseo  
Mi furia cuando miro  
De Rengo en el valor, que atenta admi-  
Tan prodigiosa hazaña.  
Quiero escuchalla, mientras desengaña  
Tu fingido valor, desde esta Peña.  
RENGO.  
Guacolda hermosa, que tu luz me ense-  
A tus divinos brazos  
Llegaré por librarte hecho pedazos;  
Que alturas no recelo.  
Seguro volaré de cielo á cielo.

Oye...

GUACOLDA.  
CAUPOLICAN.  
¡Suerte enemiga!  
GUALEVA.  
Todos te infaman.  
RENGO.  
Tu deidad me obliga.  
GUACOLDA.  
Valiente araucano,  
Como de antes eras  
Blanco de mis iras,  
Ya de mis firmezas,  
Aguarda, detente;  
No muriendo quieras,  
Pues te esperan dichas,  
Competir tragedias.  
Tu valor me obliga,  
Mi temor te fuerza  
A pedir que vivas,  
Porque ya no mueras.  
De amor son efectos,  
Pues humilde hoy ruega  
Quien ayer engañosa  
Despreció soberbia.  
Mi prision no siento,  
Por sentir tus penas;  
Que es agradecida  
Siempre la nobleza.  
Si por adorarme  
Tu vida desprecias,  
Estima la mía,  
Que es la tuya mesma.  
Vive edades largas,  
Porque mejor puedas  
Gozar del contrario  
Victorias sangrientas.  
Tu ejército anima,  
Muestra en mi defensa  
Opuestas al sol  
Nubes de saetas.  
No triunfe de Arauco  
La española fuerza;  
Que para que rindas  
Su arrogancia fiera,  
Te da el sol sus rayos,  
El amor sus flechas,  
Laureles la vida,  
Victorias la guerra,  
Fama la fortuna,  
Marte fortaleza,  
Historias el tiempo,  
Favor las estrellas,  
Y el cielo á tus dichas  
A mí con más fuerza,  
Un amor rendido,  
Que una alma sujeta.  
RENGO.  
Más, Guacolda hermosa,  
Con esas ternezas  
Nunca imaginadas  
Mi valor alientas.  
¿Cómo he de poder  
Consentir que seas,  
Siendo yo tu esclavo,  
De otro prisionera?  
¡No lo quiera el cielo!  
GUACOLDA.  
Poco á mi me precias.  
RENGO.  
Un rayo detienes.  
CAUPOLICAN.  
¡Qué furor!  
GUACOLDA.  
¡Qué pena!  
REINOSO.  
Al monte, soldados;  
No huya la presa,

Y entre sus amores  
Nuestras armas teman.  
GUALEVA.  
¡Que esto el cielo consienta!  
Que un bárbaro á mis ojos con afrenta  
Sea vil prisionero!  
Cuando de Rengo el fulminante acero  
Envidias da á la fama!  
GUACOLDA.  
Mi amor te obligue.  
GUALEVA.  
Tu temor me infama.  
Araucanos, oidme, estadme atentos;  
Admirad, españoles, mis intentos,  
Y á mi paso rendido  
Del español antipoda temido  
Valor que tembló el cielo,  
Para cobrar mi honor solo recelo  
Que puedan mis venganzas  
Resucitar tan muertas esperanzas.  
Este es mi hijo...  
CAUPOLICAN.  
Espera,  
Querido dueño.  
GUALEVA.  
Pues que muero, muera  
En él mi afrenta.  
CAUPOLICAN.  
Advierte...  
GUALEVA.  
Vida le doy en tan honrosa muerte;  
Que no quiero ser madre  
De un hijo vil de tan infame padre.  
(Arroja el niño dentro.)  
CAUPOLICAN.  
Detente.  
GUACOLDA.  
¡Qué rigor!  
REINOSO.  
¡Crueldad extraña!  
RENGO.  
Sangrienta aurora la esmeralda baña  
Del yerto campo frío,  
Que de su sangre alimentó el rocío.  
CAUPOLICAN.  
¡Ay hijo!  
REINOSO.  
Eternas señas  
Jaspes matizan las nevadas peñas.  
CAUPOLICAN.  
Reviento de pesar.  
GUALEVA.  
¿Qué, ingrato, esperas?  
CAUPOLICAN.  
¡Oh fiera más que las deidades fieras  
Que tal rigor permiten!  
GUALEVA.  
Bárbara soy, fieras me acrediten.  
CAUPOLICAN.  
Aguarda, escucha, advierte;  
Verás que es mi valor del todo fuerte,  
Pues ya no me ha acabado  
Un dolor que pudiera imaginado;  
Que en lágrimas deshecho,  
A pruebas de desdichas es mi pecho.  
¡Ay dulces prendas bellas,  
Apénas flores, ya del cielo estrellas!  
GUALEVA.  
Logré en tí mi venganza.  
GUACOLDA.  
¡Fuerte dolor!  
RENGO.  
¡Valiente confianza!

REINOSO.  
Aunque en tosca rudeza,  
Mostró valor su bárbara fiera.  
GUALEVA.  
Ea, españoles fuertes,  
Vidas os faltan para tantas muertes,  
Como á mi brazo fiero  
Rinde la parca en su valiente acero;  
Que pues mostré á las flores  
Que tierra cultivé, duros rigores,  
No está de mí seguro  
El cielo en los diamantes de su muro;  
Que ya entre mis querellas,  
Arrancando á pedazos sus estrellas,  
Aunque en número tantas,  
Cortos trofeos, ornarán mis plantas.  
CAUPOLICAN.  
Mi amor te disculpa,  
Para que así veas  
Que alcanzo victorias,  
Pues perdono ofensas.  
RENGO.  
Parto á obedecerte.  
GUACOLDA.  
El alma me llevas.  
RENGO.  
Tiemble España.  
GUALEVA.  
Tiemble  
Su arrogancia fiera.  
REINOSO.  
¡Al arma, españoles!  
GUALEVA.  
¡Araucanos, guerra!  
VOCES. (Dentro.)  
¡Viva España!  
GUALEVA.  
¡Mueran [ran!  
Los que mi honor en mi venganza alte-  
RENGO.  
Envidio tu valor.  
GUACOLDA.  
¡Ay amor loco!  
CAUPOLICAN.  
Deidad oculta, tu favor invoco.  
(Vanse.)  
(De don Guillen de Castro.)  
Salen COQUIN y ALGUNOS INDIOS, y  
CHILINDRON en medio de ellos.  
CHILINDRON.  
¡Ba, ba, ba!...  
COQUIN.  
¿Qué decis? ¿qué?  
¿Diréisme cuanto os pregunto?  
CHILINDRON.  
¡Ba, ba, ba!...  
COQUIN.  
Decildo al punto,  
O la tripa os sacaré,  
Con más sangre en esta toca  
Que lleve vino una pipa,  
Porque digais con la tripa  
Lo que negais con la boca.  
Iré tirando y midiendo  
Cuántas varas de Cambray  
Os cupieron: muchas hay.  
Una, dos... ya van saliendo...  
Tres, cuatro, cinco... Quedado  
Se habrán algunas, si, si;

Porque entonces más meti  
De las que agora he sacado.  
CHILINDRON.  
¡Señor Coquin! ¿estas mañas  
Tiene? Mire...  
COQUIN.  
¡Picarote!  
¿No apretastes el garrote?  
Pues vomitad las entrañas.  
Decid, decid lo que espero  
Saber de vos.  
CHILINDRON.  
Sí diré.  
COQUIN.  
Decid, acabad.  
CHILINDRON.  
No sé  
Qué decir; fingirlo quiero.  
COQUIN.  
¿Vos no fuisteis yerba?  
CHILINDRON.  
Yo  
Soy un zomzo.  
COQUIN.  
Yo, á peñar  
Vuestro, tengo de ahorcar  
La yerba que me engañó.  
Decid.  
CHILINDRON.  
Vuestro capitán  
Llamad: dirélelo á él.  
INDIO 1.º  
Yo voy.  
CHILINDRON.  
¿Quién es?  
INDIO 2.º  
Tucapel,  
Ausente Caupolican.  
CHILINDRON.  
Ansi tendré más aliento  
De pensar una mentira  
Que decir... Mas oye y mira  
Tremolar el manso viento  
(Tocan las trompetas.)  
Las españolas banderas,  
De quien mi rescate espero.  
COQUIN.  
Ahorcaré primero  
Que ellas lleguen.  
CHILINDRON.  
Cruel fueras,  
Señor Coquin, y si es poco,  
Señor don Coquin.  
COQUIN.  
¡Traidor!  
No hay llantos.  
Sale TUCAPEL.  
CHILINDRON.  
¡Señor, señor,  
Señor!  
TUCAPEL.  
Espera: ¿estás loco?  
¿Qué es esto? Ya vengo á oír  
Lo que dirás.  
CHILINDRON.  
Cosas muchas.  
TUCAPEL.  
Dilas, di.  
(Tocan las trompetas.)  
CHILINDRON.  
Mas, pues escuchas  
Este són, ¿qué he de decir,  
Sino que el polvo que entona



Tal escarmiento he de hacer  
En la vuestra, que ha de ver  
Ese coronado fuerte,  
De los hombros dividida  
Vuestra cabeza, y sabrán  
Como tenéis capitán  
A quien dar cuenta! ¡Una vida  
Quitais, que tanto importaba  
Para la paz del Estado?  
Hecho fué de mal soldado.  
César cuando peleaba,  
Aunque de solo el matar  
La victoria procedía,  
Que no muriesen quería,  
Por tener que perdonar.  
Pues, como vos, cuando á mi  
Por ejemplar me tenéis  
De las piedades que veis,  
Las estáis borrando así  
Con la crueldad más feroz  
Que inventó bárbaro scita?  
¿A un general se le quita  
La cabeza? ¡Buena voz  
Saca un soldado cristiano  
De empalar un hombre!—Luego  
Le llevad al fuerte.

DON FELIPE.

Ciego

Está de pasión mi hermano;  
Aunque la razón le sobra.  
Pero es el ruego forzoso.  
Señor, pues eres piadoso...

MARQUÉS.

El rigor alientos cobra  
Con el ruego, si es testigo  
La justicia. Has de advertir  
Que el rogarme ha de servir  
Para abreviar el castigo.—  
Llevalde.

REINOSO.

Obediente estoy

A tu mandamiento justo.

MARQUÉS.

Sepa el Rey que á un hecho injusto  
Castigo justo le doy.  
(Llevan á Reinoso, quitándole la es-  
pada.)

DON FELIPE.

No pido que le perdones,  
Mas que adviertas su valor,  
Sirviendo al Emperador  
En tan arduas ocasiones  
Como publica la fama.  
Túnez conoció á Reinoso  
Por capitán valeroso;  
El Bravo Español le llama  
Alemania. Pudo ser  
Que como el fiero araucano  
Con término tan villano,  
Porque le sobró el poder,  
Mató á Valdivia, su tío...

MARQUÉS.

No, hermano; jamás alcanza

La vitoria la venganza:  
Este es el oficio mío.  
Pues premio, he de castigar.  
Mientras fulmino el proceso,  
Esté con seis guardas preso.

(Vase.)

REBOLLEDO.

Rogalle será incitar  
Su enojo; que está ofendido  
Con causa, y dejalle importa;  
Que la templanza reporta  
El fuego más encendido.

DON FELIPE.

Ver quiero á Caupolicán.  
(Corre la cortina, y descubren empa-  
lado á Caupolicán.)

SOLDADO 1.º

Después de dalle el bautismo,  
Se debe la confianza  
De su gloria á su martirio.

CAUPLICAN.

Don Felipe, mucho debo  
Al gran Marqués, pues que miro  
Que voy por su causa al cielo  
Por tan seguro camino.

(Córrese la cortina.)

¡Jesus! No puedo decirte  
Más. ¡Jesus! ¡Jesus!

DON FELIPE.

Envidia

Más tu muerte, que pudiera  
Tu padre, aunque fuera vivo,  
Envidiar hazañas mías.

REBOLLEDO.

Hasta en su muerte se ha visto  
Su valor y su prudencia.  
(Encubren el cuerpo de Caupolicán.)

SOLDADO 1.º

¡En qué ocasión ha podido  
Verse más bien que muriendo!  
Piadosamente le admiro.

DON FELIPE.

Gualeva, Guacolda, haced  
Menor la pena.

GUALEVA.

No asisto

En mí; son mis confusiones  
Piedades y desvarios.

GUACOLDA.

Dame la mano, señora.

Salen RENGO y TODOS LOS INDIOS, y  
TUCAPEL y UN SOLDADO CRISTIANO; y  
por otra parte EL MARQUÉS.

SOLDADO.

Su rendimiento los indios  
Desta provincia á tus pies  
Ponen.

MARQUÉS.

Por mi rey le admito.

TUCAPEL.

El poder de Arauco todo  
Llega á tus plantas rendido,  
Capitán el más valiente  
Que haciendo lucientes giros  
Alcanza á mirar el sol.

RENGO.

En solo tu brazo altivo  
Nuestra libertad perdida  
Hallará consuelo digno.  
Huella este imperio, invencible  
Hasta agora.

MARQUÉS.

No imagino,  
Valientes caciques, ser  
Señor vuestro, sino amigo.  
A mi rey solo os rendis,  
El príncipe más benigno  
Y celebrado que el mundo  
Ha respetado y temido.  
Yo en su nombre á gobernaros  
Me ofrezco, de suerte pio,  
Que seréis, para ser suyos,  
Dueños de vosotros mismos.  
Pendid lo que queráis todos.

TUCAPEL.

Yo solo, señor, te pido  
Para estos reinos clemencia.

MARQUÉS.

Antes te la he prometido.

RENGO.

Yo á Guacolda por esposa.

MARQUÉS.

¿Gusta Guacolda?

GUACOLDA.

Y recibo  
Merced, si mandarlo quieres.

MARQUÉS.

Y ser ofrezco el padrino,  
Al uso de mi nación.

QUIDORA.

Vivas mil gloriosos siglos.

MARQUÉS.

A mi hermano don Felipe  
Agradezco que acudido  
Haya á su sangre tan bien  
Como en la ajena se ha visto;  
Y á Rebollo le ofrezco  
Que, de mi boca advertido,  
Le ha de hacer su majestad  
Las mercedes de que es digno;  
Sin que me quede soldado  
Sin el premio merecido,  
Aunque de mi hacienda sea.

REBOLLEDO.

Y aquí Arauco, aquí su invicto  
Conquistador tenga fin.  
Aunque en la fama infinito.

## JUICIOS Y OBSERVACIONES

SOBRE

## LAS COMEDIAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

## LOS FAVORES DEL MUNDO.

Por *Los favores del mundo* principia la colección de ocho comedias que con el título de *primera parte* publicó DON JUAN RUIZ DE ALARCON en Madrid el año de 1628, teniendo ya concedida la licencia del ordinario desde 14 de febrero de 1622, y la aprobación del doctor Mira de Amescua desde 29 de enero del propio año; de lo cual es necesario inferir, como se dijo en el prólogo de esta obra, que las ocho composiciones de aquel volumen ya estaban escritas en el año de 1621. Cuando fué trabajada esta que examinamos, no puede con certeza expresarse; pero es de creer que no fuese mucho antes del citado año 1624, pues aunque ella va á la cabeza del tomo, no hubo de colocarla allí su autor por ser primera en el orden cronológico, sino por ser uno de sus mejores y más instructivos dramas, y por tributar además con él un homenaje á la nobleza de su familia. Fin grave y útil, buena y bien dispuesta fábula, dos notabilísimos caracteres y una elocución magnífica, son las prendas que principalmente distinguen á la primera obra que se lee de nuestro autor en este precioso libro. Manifestar cuán poco duraderas son las alegrías y prosperidades humanas, asunto es cuya alteza y provecho comun está libre de ponerse en tela de juicio. ALARCON, para presentar con verosimilitud en un breve espacio de tiempo grandes alternativas de favor y desgracia, las buscó en la corte y trato de un príncipe notable en la historia por la inconstancia maravillosa de su fudole: tanto la elección como el desempeño del asunto manifiestan que la comedia de *Los favores del mundo* es obra de un poeta que ya conocia bien el teatro y los hombres. Su acción puede sin violencia referirse al año 1448, cuando el príncipe don Enrique, de veinte y tres años de edad, habiendo estado antes desavenido, se reconcilió con el rey su padre. Hechas estas breves indicaciones sobre lo general de la pieza, pasaremos á las particulares, conforme en la lectura de sus escenas se van presentando.

(Acto 1.º, escena 1.ª)

HERNANDO.

¡Lindo lugar!

GARCÍA.

El mejor:

Todos, con él son aldeas.

HERNANDO.

Seis años há que rodeas  
Aqueste globo inferior,  
Y no vi en su redondez  
Hermosura tan extraña.

GARCÍA.

Es corte del rey de España,  
Que es decillo de una vez.

Madrid en tiempo de don Juan II principiaba á mejorarse algo; pero no era ni con mucho el mejor pueblo de Castilla, ni podía llamarse corte de España.

Cífrase, si has advertido,  
En la de mejor sugeto,  
Toda la gala en el peto,  
Toda la gracia en el pido.

Retruécano escolástico, propio del tiempo en que ALARCON escribía, pero por dicha no muy comun en sus obras. Harto más vale el agudo epigrama anterior acerca de los edificios que se techan antes de levantar la fachada, y la redondilla que contiene la graciosa respuesta de la muchacha roja: ¿Cómo estás?—Para aloja.

(Escenas 5.ª-9.ª)

Nos ha dicho el autor en la escena primera que García Ruiz de Alarcon, su héroe, es valiente, y está ofendido y respirando venganza contra su ofensor; aquí vemos que se encuentra con él, que le vence y que al oírle invocar á la madre del Salvador, le perdona. El carácter de Garci-Ruiz está ya pintado; nada podemos esperar de él en adelante que no sea noble y propio de tan bello principio. El príncipe de Castilla don Enrique, cediendo á la admiración que le inspira la virtuosa acción de Garci-Ruiz, le colma de honores, después de haberle colmado de justos elogios. La privanza de Garci-Ruiz tiene el origen más respetable que darse puede: vamos pues á ver cuánto dura.

Al mismo tiempo que se alza al favor del Príncipe se le prepara por mano del amor el primer disgusto, disgusto á la verdad poco temible. Anarda, que se aficiona